

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 19 DE MAYO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

La Oración del Maestro

(Trad. del inglés por Ml. GONZÁLEZ ZELEDÓN).

Dios mío, antes que nada, déjame aprender de Ti cómo enseñar a mis discípulos como Tú enseñaste a todas tus criaturas.

Ayúdame a marcarles el camino de la Justicia con el ejemplo de mi justicia; el del saber porque soy sabio; el de la grandeza porque soy grande.

Y, si ellos descubren mis flaquezas, haz que perciban que reconozco mis defectos y que honradamente lucho por corregirme.

Dios mío, permite que estudie tus métodos y que los imite.

Así como Tú llevas a cuanto vive hacia su posible perfección por medio del crecimiento haz que yo valore debidamente el elemento del tiempo en mis discípulos y me esfuerce en guiarlos hacia su madurez en vez de forzarlos hacia la perfección.

Enséñame tu noble desprecio de la Fuerza para que siempre use yo del convencimiento y no de la tiránica obligación.

Déjame ser un Cultivador de Almas y no un Mercader de Hechos.

Lléname de Tu paciencia para que pueda aprender a fondo el arte supremo de enseñar, que es el de Esperar.

Hazme ver a cada uno de mis discípulos como una lámpara de Dios que estoy obligado a encender.

Que pueda estimular a la curiosidad y alimentarla.

Enséñame a manejar el Temor y a convertirlo en Valor; a transformar la debilidad en fortaleza, la indiferencia en ambición y el desaliento en confianza.

Dame el amor de mis discípulos, pues sin cariño no es posible la enseñanza.

Dame vigor y la suavidad que lo viste y líbrame de la debilidad y de la arrogancia y la tiranía que son sus síntomas.

Fortifica mi inteligencia para que pueda apreciar el justo valor de las cosas, para distinguir lo esencial de lo superfluo.

Hazme ciego para las faltas que son

excusables y aclara mi vista para apreciar el entusiasmo; no me prives de la piedad hacia la juventud para evitar-me censurar sus naturales errores.

Enséñame a no acudir a la necia costumbre del premio y del castigo, sino a reconocer que todo ser humano ansía aprender, quiere ser fuerte y anhela la justicia; enséñame cómo descubrir y desarrollar esas aspiraciones.

No me dejes olvidar jamás los beneficios de mi apostolado, y que el mayor caudal que puede ganarse en este mundo es el de las almas que se arrebatan a la ignorancia.

Invísteme con la sincera dignidad de mi destino para que siempre sienta el justo orgullo de conocer que mi empleo es el más alto de todos los empleos y que ninguna actividad humana es más noble que la de quien tiene a su cargo guiar y modelar las inteligencias.

Hazme humilde para continuar aprendiendo mientras enseñó; que no me envanezca de que se me llame Maestro sino de ser Maestro; que no muestre autoridad, sino que la tenga.

Y dame ese gozo en mi trabajo, esa exaltación en mi privilegio, y esa satisfacción en mi servicio, que nacen del conocimiento de que la tarea de enseñar, de todas las humanas tareas, es la que más se semeja a la tarea de Dios.

FRANK CRANE.

New York, 18 abril, 1924.

Oración del Estudiante a la Gracia

Yo te invoco, Señor, Dueño de la Gracia, al empezar mi trabajo! Entre Ella en mi aposento cerrado, y ponga sus manos sobre mí. Sin la Gracia mi estudio sería un jadeo, y yo no lo quiero faena con gemidos.

Dé a mis pensamientos suavidad de óleos, pues no los amarán si tienen la aspereza de las limas.

Alumbre Ella el tanteo de mi inteligencia, como un relampago blanco. Le dé la calidad de las fragancias agudas, para que conozca las cosas por traspasadura inefable.

Revélese su presencia en el trabajo fácil y feliz, y venza en mí a la torpe pesadez de la carne. Cruce por mi mente como cruzan—los niños por la Tierra.

Hágase visible en forma de candor. Que yo hable con inocencia, como si no me hubiese contaminado la malicia, como si no viniese de cien generaciones de pecado. Bórreme, Señor, tu Gracia la ajadura del corazón viejo, de la mente dolorida.

Séanme dadas por la Gracia las imágenes de fuego de Juan y las palabras simples de Pedro pescador.

A Su contacto, el entusiasmo derrita los hielos de mi corazón, y mi sangre en el trabajo corra más ligera, y mis ojos brillen, ardientes.

Por la Gracia, mis pensamientos tengan en vez de un orden rígido de espadas el desorden de las hierbas vivas.

Descienda a mí también en el sueño como en la vigilia, y yo amanezca enriquecida cada día, y el milagro matinal sea como el hallazgo de un nido de tórtolas entre los trigos... Así yo daré prueba de Ti, el que trabaja en la profunda noche.

Pero la Gracia sea como una paloma que tuviese un ala de plumas—la donosura—y otra ala de fuego—el Espíritu—porque no la quiero banal sobre mi vida.

A Ti, Dueño de la Gracia, la pido al empezar mi trabajo cotidiano. Tú tienes otras advocaciones, pero yo te llamo ahora con ésta. Traspásame de Ella. ¡Es tu dardo rápido, que no sangra, y que nos deja ardiendo!

GABRIELA MISTRAL

México, febrero de 1924.

(La Nueva Democracia, Nueva York).